

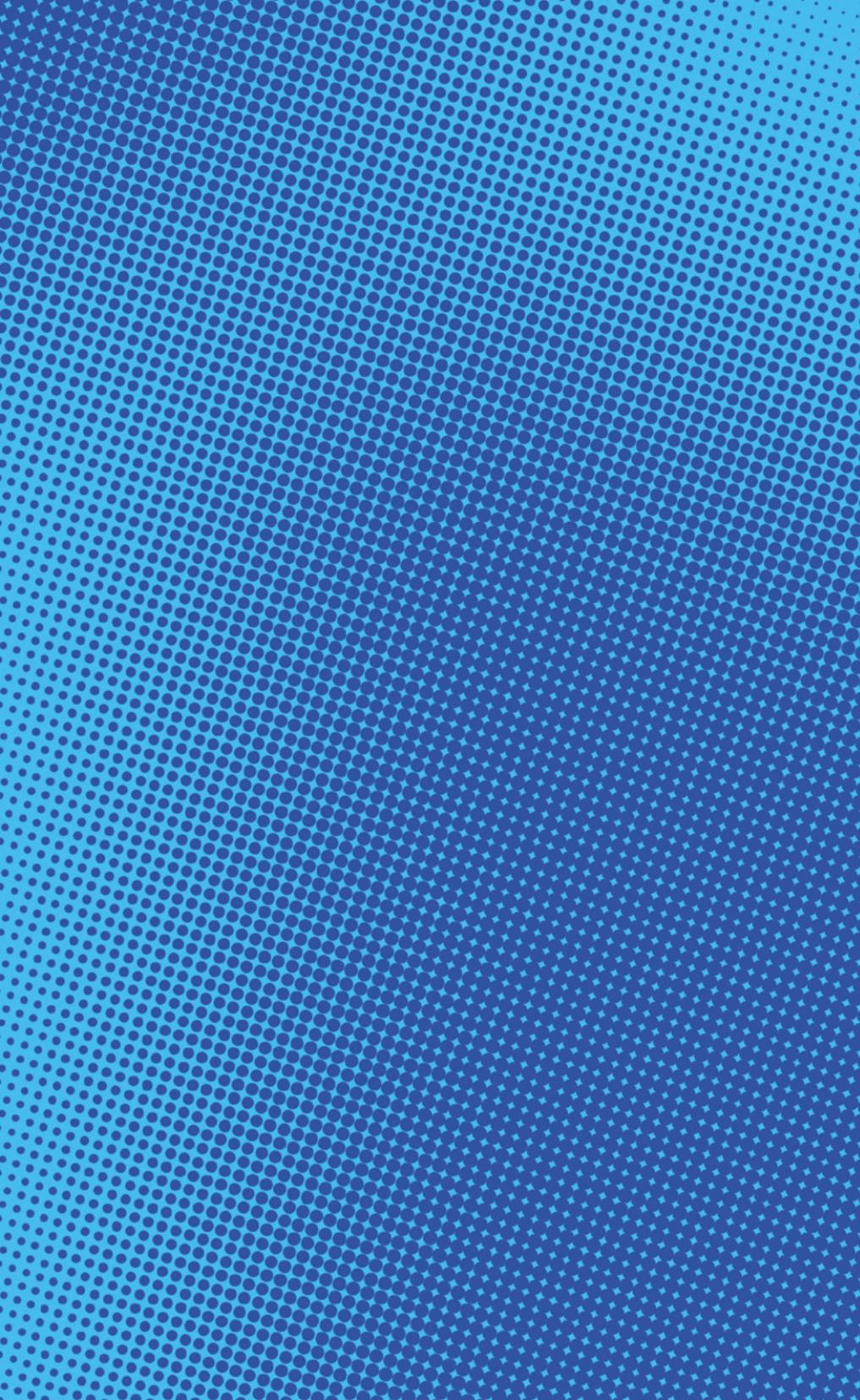
ESTEBAN LOZANO

LOS AMANTES DE SHAKESPEARE

SERIE MONTELUNA

CULTUREBOOKS

TEATRO



ESTEBAN LOZANO

LOS AMANTES DE SHAKESPEARE



**PRIMER PREMIO
VI CERTAMEN NACIONAL
DE TEXTOS TEATRALES
MONTELUNA**



**Universidad
de Huelva**

Datos Edición

Primera edición en formato Papel: abril 2014

Primera edición en formato ebook: agosto 2020

© Universidad de Huelva

© Esteban Lozano

Colección: CULTUR[®] EBOOKS

Serie: MONTELUNA / N°: 1

Papel: Estucado mate 130 g

Encuadernación: Estucado mate 300 g

Impresión: Impreso en España. *Printed in Spain*

Depósito Legal: H 46-2014

ISBN papel: 978-84-18280-76-4

ISBN Ebook: 978-84-18280-77-1

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutivo de delito contra la propiedad intelectual.

QR DE DESCARGA



EBOOK



Citar el libro



Navegar por marcadores e hipervínculos



Realizar notas y búsquedas internas



Volver al índice pulsando el pie de la página



Comparte
#LibrosUHU



Únete y comenta



Novedades a golpe de clik



Suscríbete a nuestras novedades

A Laura, Eugenia y Demián,
que le dan sentido a mi vida.

A la memoria de Yiya y Baby.

AGRADECIMIENTOS

A Claudio Iván Remeseira, que vio en la historia de Levy y Kluge una obra teatral y me alentó a escribirla.

A Cristina Piña, por la calidez de siempre. Mi gratitud, además, por permitirme utilizar en esta obra un fragmento de su bella traducción de “Ricardo III” de William Shakespeare.

A Eugenia Iturbe, Lorenzo Quinteros y Luciano Cáceres, por sus consejos y su apoyo.

A Raúl Mereñuk, amante de Shakespeare, por elevar esta obra, con su talento y su visión, a la categoría de verdadero arte escénico.

A Oscar Oriolo, en quien se resume todo el significado que puede tener la palabra amistad.

A Cecilia Oriolo, excelente narradora y mi lectora más precoz.

A Horacio Oriolo, por su amistad, paciencia y constancia para saciar mi sed de material de consulta. Y a su esposa Martha Luna, “el Sol de Chapalumax” (*el Nono dixit*).

A mi amigo y entusiasta lector Belisario Arévalo.

A Dan Newland, maestro de la prosa en la lengua de Shakespeare y también en la de Cervantes, por tan gratos momentos compartidos y atesorados por mí.

A mis queridos Dilloo-Lozano —Claudia, Lucía y Manuel—, allá lejos y hace tiempo.

A la familia Riedel-Gullo, por su calidez, generosidad y hospitalidad proverbiales.

A Claudio Grinberg, por nuestra amistad cimentada en el cine y en las letras.

A Guillermo “Fernandino” Fernández, cuya patria es el cine, por su amistad y por las enriquecedoras charlas, verdadero oasis (“*Puerta!*”). A María Maratea, amiga y colega en las letras.

A Lorenzo Pablo Giannelli, por su generosidad y por haber estado siempre.

A María Inés Comba, Eva de Bartolo, Eva Ruhl, Rubén Sacchi, Víctor Giménez, Arduino Reda, Marcelo Gil, Gabriel Lozano, Daniel Schiaretti, Juan Bozán, José Méndez y Daniel Salgado. Todos ellos saben por qué. A la feroz tribu de los canning, liderada por el pendenciero cacique Fedecai.

A Juan Tomás Catopodis y Vytautas Palubinskas, dos entrañables amigos que vivirán en mí hasta que me convierta en la memoria de otros.

Y a todos aquellos que han compartido o comparten conmigo la travesía en este viaje hacia “el país no descubierto de cuyas fronteras ningún viajero regresa.”

PERSONAJES

DIETER KLUGE:

Oficial SS de alto rango; 30 años, apolíneo.

ITZJAK LEVY:

Prisionero judío alemán, aproximadamente 50 años
(*aunque luce mayor y su aspecto es enfermizo*).

JUDITH / ISOLDE

(*pueden ser interpretadas por la misma actriz*):

La primera, actriz; la segunda, sobrina y modelo del
escultor Arno Breker.

Ambas de unos 20 a 22 años, rubias, hermosas.

Eva BRAUN:

Concubina de Hitler; 24 años, cabello rubio corto.

ADOLF HITLER:

El Führer de Alemania, 47 años.

ARNO BREKER:

Escultor oficial del Tercer Reich y amigo personal de
Hitler.

(VOZ DE UN SOLDADO A QUIEN NO SE VE)

ÉPOCA: la noche del 14 al 15 de abril de 1942.

LUGAR: las habitaciones del oficial Kluge, en un campo de
concentración ubicado en algún lugar de Europa del Este.

ESCENA

La habitación de Kluge, austera, de paredes de madera, con una puerta de entrada —a izquierda o derecha— fuera de la vista del espectador. La habitación contiene: un camastro bajo ubicado en algún punto de la “cuarta pared”; una mesita redonda, de madera, con una silla; otra silla ubicada frente a un pequeño escritorio sobre el que hay papeles y libros; una alacena adosada a una de las paredes laterales; un pequeño armario; un anaquel con varios libros y, entre ellos, un portarretrato con una fotografía de Kluge a los 20 años, con uniforme; en una de las paredes puede verse la puerta cerrada del que podría ser un cuarto de baño. En el centro de la pared del fondo hay una amplia ventana a través de la cual vemos una columna de fuego y humo que permanentemente brota de una de las chimeneas del crematorio, resplandeciendo en la noche: se trata de una imagen filmica en blanco y negro, editada a modo de una cinta sin fin (a lo largo de la obra se intercalarán diversas imágenes). El decorado mismo abarca toda la gama del gris, no hay colores, a excepción del brazalete rojo con la swastica que viste Kluge (luego hará su aparición el amarillo perteneciente a la estrella de seis puntas cosida al uniforme a rayas de Levy). La mesita está puesta para dos comensales: platos, cubiertos, copas, una botella, ya descorchada, de vino blanco del Rhin, un cenicero, una hogaza de pan de centeno sobre una tabla de madera y una cuchilla grande a su lado.

El escenario está a oscuras, a excepción de la luz que cae cenitalmente sobre Kluge, quien, mientras tararea “La Walkiria” de Wagner, se acomoda maníaticamente la gorra frente a un espejo colocado sobre el escritorio. Kluge viste el uniforme de ceremonial de las SS: negro, con camisa blanca y corbata negra, los pantalones metidos dentro de las botas, el brazalete con la swastica ciñendo la manga izquierda, tres condecoraciones adornando el frente de

la chaqueta: las medallas por los 4 y los 8 años de servicio y una Cruz de Hierro de primera clase; en el lado derecho de la cintura lleva su pistola Luger dentro de la cartuchera, y en el lado izquierdo, en su vaina pendiente de una cadena de eslabones de plata octogonales, el puñal de las SS. El frente de la gorra ostenta, arriba, el águila posada sobre la swastica, y abajo, casi tocando la visera, la calavera provista de quijada inferior, para diferenciarla de la de estilo prusiano.

La intensidad de la luz crece, mostrando el escenario. Kluge parece encontrar la inclinación correcta de su gorra y sonríe satisfecho. Se dirige al público.

KLUGE: (con pesadumbre) Hoy a la medianoche cumplo treinta años. Los cumpleaños me deprimen terriblemente: son un puntual recordatorio de nuestra finitud. Por eso necesito paliativos... y para mí no hay mejor paliativo que un judío a mi total merced... Aunque debo reconocer que, siendo niño, me aburría pronto de los juguetes nuevos y siempre terminaba rompiéndolos en mil pedazos... ¿Hay algo más aburrido que un juguete aburrido?

Llaman con dos golpes a la puerta.

OFF SOLDADO: ¡El prisionero, Herr SS-Sturmbannführer Kluge!

Kluge se apresura a escanciar el vino en las copas que están sobre la mesa.

KLUGE: ¡Que pase!

OFF SOLDADO: ¡A la orden, Herr SS-Sturmbannführer Kluge!

La puerta se abre y entra LEVY viste ropas gastadas color gris con rayas verticales negras; tiene un número de cinco cifras bordado en el lado izquierdo del pecho y, a su lado, una estrella amarilla de seis puntas; la puerta se cierra tras él.

KLUGE: Adelante, adelante... (toma una copa en cada mano y le tiende una a su invitado; Levy la toma) Es un placer tenerlo aquí esta noche...

LEVY: Muchas gracias, Herr SS-Sturmbannführer

KLUGE: para mí es un verdadero honor...

KLUGE: Llámeme Herr Kluge, por favor: evitemos las formalidades. (*levanta su copa para brindar*) ¿Me recuerda su nombre?

LEVY: Itzjak Levy... (*ambos chocan las copas*) ¡Prosit!

KLUGE: (*con la intención de hacerle notar a Levy —quien ha brindado en alemán— que no olvida que su invitado es judío*) ¡Lejaim, Herr Levy!

Ambos beben. Luego, el anaquel de los libros atrae la atención de Levy, o más precisamente la fotografía colocada en un portarretrato que destaca entre los libros. Kluge capta su mirada.

KLUGE: (toma el portarretrato y le muestra la fotografía a Levy) Este soy yo en la Academia, donde recibí instrucción como miembro de las SS. (*sonríe*) El uniforme de Anwärter me sentaba de maravilla, ¿no cree?

LEVY: Indudablemente, Herr Kluge.

Kluge acerca a la mesa la silla que se halla frente al escritorio y le indica a Levy, con un gesto, que tome asiento. Levy lo hace sin demoras, como si se tratase de una orden. Kluge está por quitarse la gorra pero duda; camina hasta el espejo y, tomándola de los costados con ambas manos, como si quitársela exigiese tanto cuidado y pulcritud como ponérsela, con un movimiento coordinado de ambas manos se la quita secamente y la deja, por fin, sobre el escritorio.

Se acerca a Levy, que ha estado todo el tiempo observándolo, extrañado.

KLUGE: (saca del bolsillo interior de su chaqueta una cigarrera de plata, que abre con tanta cautela como si tuviese adentro algo vivo que temiese que se le escape, y convida a Levy) ¿Fuma?

LEVY: (tomando un cigarrillo) Gracias, Herr Kluge.

Kluge extrae una cajita de fósforos de otro bolsillo e intenta encender uno, raspando: no se enciende; lo echa dentro del cenicero, molesto, e intenta encender un segundo fósforo: no se enciende; masculla un "Scheisse" casi ininteligible e intenta con un tercer fósforo, del que brota al fin una llamita que se apresura a acercar al cigarrillo de Levy primero, y luego al suyo. Levy saborea la primera pitada aspirando largamente el humo y soltándolo lentamente por boca y nariz. Kluge hace otro tanto y coloca luego un plato sobre la mesa.

KLUGE: Arenques daneses ahumados. Sírvase, por favor.

Levy deja el cigarrillo en el cenicero. Kluge retira el cenicero de la mesa y lo coloca sobre el escritorio, apagando el cigarrillo casi entero de Levy. Éste continúa mirándolo, extrañado. Luego se sirve arenques. Kluge coloca sobre la mesa un plato con lonchas de jamón, corta unas rebanadas de la hogaza de pan de centeno y, al sentarse, deja la cuchilla sobre la tabla del pan. También se sirve arenques. Ambos comen.

LEVY: (mastica, cerrando los ojos por un instante, y traga) Delicioso...

KLUGE: Tenemos huevos de codorniz con caviar beluga, pâte de Estrasburgo... jamón de Westfalia... perdón: quizá su religión le exija prescindir de él, pero es una pena que ni siquiera lo pruebe... Y vino del Rhin, por supuesto... En estos tiempos, y en Europa del Este, es más fácil conseguir estas exquisitezas que un simple costillar de cordero (Kluge levanta su copa) ¡Por mi trigésimo cumpleaños!

LEVY: (sorprendido) ¡Su cumpleaños, Herr Kluge? (Kluge asiente y Levy levanta su copa) ¡Que tenga una vida larga y próspera!

KLUGE: (el rostro se le ensombrece; trata de reponerse) Brindo por eso... ¡Brindo por eso!

Ambos beben hasta vaciar sus copas. Kluge las vuelve a llenar. Comen. Kluge apura el resto del vino. Levy lo imita. Kluge escancia el vino que queda en la botella y va a la alacena en busca de otra; habla mientras la descarga de espaldas a Levy, pero dando muestras de estar atento a sus movimientos. Levy fija la vista en la cuchilla que reposa al alcance de su mano, pensativo; luego sacude la cabeza como aventando una mala idea.

KLUGE: (sigue dándole la espalda a Levy) Tengo entendido que trabaja en la planta de I.G. Farben, donde producen abono artificial para el agro...

LEVY: (lo mira con suspicacia mientras se sirve huevos de codorniz) La producción de abono se ha discontinuado hace unos días: ahora producimos Zyklon B a granel...

Kluge se vuelve bruscamente, no sabemos si debido a la respuesta de Levy o con la intención de atraparlo en falta: cuando lo ve sirviéndose comida queda descolocado, demorando un momento en recomponerse. Lleva la botella descorchada a la mesa y se sienta.

KLUGE: *(inescrutable)* En tiempos de guerra las ratas proliferan... *(extrae la cigarrera del bolsillo)* ¿Le molesta si fumo? *(comienza otra vez la ceremonia de apertura de la cigarrera)* Sé que es una muy mala costumbre fumar entre platos, pero me cuesta muchísimo evitarlo...

LEVY: *(con gravedad, mirando a través de la ventana la columna de humo que despiden la chimenea del crematorio)* El humo del cigarrillo no me molesta, Herr Kluge.

KLUGE: *(notando la mirada de Levy, a la vez que sonríe porque logra encender el fósforo al primer intento)* Herr Levy... ¿le teme a la muerte?

LEVY: *(tenso, tras unos segundos)* No, no le temo a la muerte... pero sí temo morir sin saber qué suerte ha corrido mi esposa.

Levy extrae una fotografía del bolsillo del pantalón y se la tiende a Kluge quien, tras pensarlo un instante, cambia de mano el cigarrillo y la toma, examinándola.

KLUGE: *(sonriendo)* Una bella dama... y un apuesto caballero, por cierto.

LEVY: Gracias, Herr Kluge... Fue tomada el día de nuestro casamiento... del que acaban de cumplirse 30 años.

KLUGE: ¡Por todos los dioses del Walhalla! ¡Mi cumpleaños número 30 y sus Bodas de Perlas... qué coincidencia! *(examinando el dorso de la fotografía, lee en voz alta el membrete)* “Branagh & Jarman – Fotógrafos Profesionales * Londres * Liverpool * Southampton”. Excelente fotografía, ¿en cuál de las filiales fue tomada?

LEVY: En ninguna de ellas... Verá: ese estudio fotográfico, “Branagh & Jarman”, era concesionario de la “White Star Line”, la empresa naviera inglesa... La fotografía fue tomada a bordo del Titanic, en la capilla donde el Capitán Edward Smith llevaría a cabo los oficios religiosos...

KLUGE: *(mirándolo desconcertado)* ¿A bordo del... Titanic?

LEVY: Frente a la costa de Irlanda. Desembarcamos en Queenstown, evitando una muerte casi segura ya que viajábamos en tercera clase, la que sufrió mayor porcentaje de bajas.

KLUGE: *(entusiasmado)* ¿Usted y su esposa embarcaron en Southampton?

LEVY: *(bebe de un solo trago un tercio del contenido de su copa)* No: en Cherburgo... ¿En verdad le interesan los pormenores?

KLUGE: Deduzca usted si me interesan: nací a la medianoche del 14 de abril de 1912, mientras el Titanic naufragaba...

LEVY: Pues entonces, si no le parece mal, le contaré mi historia desde el comienzo, Herr Kluge...

KLUGE: Hágalo, por favor. Adelante...

LEVY: (*se levanta de la silla y dirige las primeras palabras a Kluge, luego corrige su postura y queda enfrentado al público; habla como pensando en voz alta*) Judith y yo nos conocimos en 1911, en Stuttgart... Ella trabajaba en una sedería y yo hacía el corredor para una fábrica textil. Quería invitarla a salir, pero en cuanto la veía sólo atinaba a desplegar mi muestrario sobre el mostrador y a observarla mientras ella estudiaba los retazos de tela...

KLUGE: (*en tono sarcástico*) ¿Timidez, Herr Levy?

Aparece Adolf Hitler en escena, vistiendo uniforme.

HITLER: (*en tono de apasionada arenga*) ¡Primero mataremos a todos los subversivos, luego mataremos a sus colaboradores, después a sus simpatizantes, enseguida a aquellos que permanecen indiferentes... y finalmente mataremos a los tímidos!

Hitler sale de escena.

LEVY: Siempre he sido tímido, y no es un contrasentido que la timidez luche para vencerse a sí misma... Por eso, cuando descubrí en el periódico un aviso que anunciaba la formación de un grupo de teatro vocacional para representar obras de Shakespeare, autor al que amo, no dudé siquiera un segundo en presentarme... Para mi sorpresa, cuando llegué al teatro me encontré con Judith. Ese día supe que compartía conmigo el amor por Shakespeare. Había sido aceptada en el elenco y ayudaba al director dando el pie a

quienes aspiraban al papel de Romeo.

Se enciende un reflector en un ángulo del escenario y aparece la bella Judith. Le cuesta recuperarse de la sorpresa que le ha causado descubrir ante sí a Levy cuando éste se aproxima.

JUDITH: “Deja tu nombre, Romeo, y en cambio de tu nombre, que no es cosa alguna sustancial, toma toda mi alma.”

LEVY: “Si de tu palabra me apodero, llámame tu amante, y creeré que me he bautizado de nuevo, y que he perdido el nombre de Romeo.”

JUDITH: “¿Y quién eres tú que, en medio de las sombras de la noche, vienes a sorprender mis secretos?”

LEVY: Parece que tus secretos son también los míos... Y sabes bien que mi nombre es Itzjak.

Judith ríe. El reflector que la ilumina se apaga.

LEVY: (con entusiasmo) A pesar de que el director se puso furioso a causa de mi broma, me aceptó en el elenco. Durante la mayor parte de aquel año y comienzos de 1912, representamos media docena de dramas y comedias... Ella fue Julieta y yo Romeo, fue Desdémona y fui Yago, fue Ofelia y fui Claudio, fue Lady Ana y fui Richmond... (mira a Kluge) Pero me temo que lo estoy aburriendo, Herr Kluge, discúlpeme: me dejé llevar por la nostalgia...

KLUGE: ¡Nada de eso...! (extrae de la vaina su puñal de SS) ¡Le aseguro que si me aburre se lo haré saber de inmediato!

(conmina a Levy, sonriendo y haciendo el ademán de “adelante, adelante” con el puñal) Siga, por favor...

LEVY: *(reanuda su relato, incómodo, la vista fija en el puñal, hasta sumergirse nuevamente en sus recuerdos) Judith y yo nos veíamos con frecuencia, en el teatro y fuera de él; asistíamos a conciertos y al cinematógrafo. Muchas veces cenábamos juntos... pero nuestra relación no iba más allá de la amistad: yo no me atrevía a dar el paso siguiente, a pesar de que ella cierta vez mencionó a unos parientes que habían emigrado a los Estados Unidos; residían cerca de Nueva York y querían convencerla para que fuese a vivir con ellos. Como yo, Judith no tenía familia en Alemania. Entonces una noche...*

Judith aparece en escena. Levy se le acerca, sonriente.

JUDITH: Me voy a América, Itzjak... *(la sonrisa de Levy se borra de inmediato) Compré un pasaje en el “Express-Continental” hasta Cherburgo, combinando con el viaje del transatlántico “Philadelphia” a Nueva York.*

LEVY: *(desconsolado) ¿Cuándo...?*

JUDITH: Mañana por la mañana salgo de Stuttgart y embarco el 10 de abril, lo que me permite permanecer dos días en París... ¡París, Itzjak!

LEVY: *(abatido) ¿Mañana...?*

JUDITH: *(con un leve tono de reproche) No hay nada que me ate aquí, Itzjak, así que me decidí.*

LEVY: ¿Puedo acompañarte a la estación?

JUDITH: (*apoya una mano en el hombro de Levy*) Prefiero que nos despidamos ahora.

LEVY: (*la besa torpemente en la mejilla*) Adiós, Judith... que tengas mucha suerte... la mereces. (*Judith sale de escena. A Kluge*) Pasé tres días en cama, con fiebre, debatiéndome sin saber qué hacer hasta que de pronto, en medio de la noche, tomé una decisión. Por suerte, en aquella época no hacían falta pasaporte ni visados, ni siquiera para viajar de Europa a América: de haberlos necesitado no hubiese llegado a tiempo a Cherburgo. Partí con mis escasos ahorros y llegué justo el 10 de abril. El puerto era un caos de pasajeros, ya que una huelga de obreros del carbón, en Inglaterra, había obligado a cancelar la partida de varios vapores, pero muchos pasajeros optaban por canjear sus pasajes para viajar en el Titanic, que no suspendía su viaje inaugural. Compré un pasaje hasta donde me lo permitía mi bolsillo, Irlanda, confiando en que Judith también hubiera canjeado su pasaje para viajar en el Titanic: era imposible hallarla en medio de aquel caos... Por fin, poco antes de las 7.00 pm, el Titanic echó anclas en las inmediaciones del puerto...

Kluge repentinamente clava el puñal en la mesa. Levy da un respingo.

KLUGE: (*inclinándose hacia Levy, lo cual evidencia su interés*) Cuénteme cómo era la nave...

LEVY: (*mirando el puñal*) Dejaba sin aliento... (*recomponiéndose*) Aunque estaba un poco alejada del

muelle, sus casi 300 metros de eslora tapaban el horizonte... eran el horizonte, diría... Pues bien: los pasajeros fuimos embarcando en el Titanic llevados por una gabarra. Ya instalado en mi camarote, esperé a que se hiciese la hora de la cena y me dirigí al salón comedor que nos correspondía a los de tercera clase. Eran las 8.30 pm. Hacía un rato que habíamos zarpado y atravesábamos el Canal de la Mancha.

Levy camina unos pasos hacia el cono de luz que ahora cae sobre el escenario; se topa con Judith cuando ambos llegan al mismo tiempo al cono de luz. Judith lo mira como si viese a un fantasma.

LEVY: ¿Hay algún papel en esta obra para un amante de Shakespeare, bella dama?

JUDITH: (abrazándose a Levy) El del héroe... el de mi paladín... (se besan; luego) ¡Sí, quiero!

LEVY: ¿Qué?

JUDITH: Acepto casarme contigo, Itzjak. Vamos a desembarcar en Irlanda. Canjearemos mi pasaje por dos de regreso a casa... o a Inglaterra, mejor: podríamos visitar Stratford, ¿no crees?

LEVY: Pero yo... yo no tengo...

JUDITH: ¡Vamos, anímate! Tengo mis ahorros: será nuestra luna de miel... Para nosotros visitar Stratford es casi una obligación moral... ¡Imagínate: visitar la casa en que nació y se crió Shakespeare... llevar unas flores a su tumba!

(Levy no atina a decir nada) Dime: ¿qué habrías hecho de no encontrarme... o si no hubieses logrado hacerme desistir de mi viaje?

LEVY: *(bromeando)* Pues... descartando el suicidio, quizá buscar trabajo en el puerto de Queenstown, o conchabarme como marinero en algún barco... O mejor: ¡viajar a Londres y presentarme como aspirante al elenco estable del “Old Vic”...!

JUDITH: *(riendo)* ¿Recitando en la audición el monólogo del príncipe Hamlet en alemán? No creo que fuese muy buena idea.

LEVY: *(a Kluge)* Judith sabía inglés, y yo había comenzado a estudiarlo porque me hacía sentir más cerca de ella cuando no estábamos juntos. *(con orgullo)* Para su sorpresa, recité el monólogo de Hamlet en inglés.

JUDITH: *(aplaudiendo, como si Levy acabase de recitar el aludido monólogo)* ¡Bravo, Itzjak, bravo! *(Levy hace una reverencia)* ¿Sabes? En París, durante una función teatral de Sarah Bernhardt, conocí a una norteamericana muy simpática: se llama Molly Brown, y viaja en primera clase.

KLUGE: ¡Ah, qué maravilla: usted y su esposa conocieron personalmente a Molly Brown...!

LEVY: Una mujer extraordinaria, por cierto, con un gran carácter.

KLUGE: Una de las heroínas de aquella nefasta noche, sin duda... Pero continúe, por favor...

JUDITH: (a Levy) Quedamos en que Molly vendría a verme: los de tercera clase no podemos ingresar al sector de primera a menos que un pasajero de primera nos acompañe... ¡Tengo una idea! ¿Sabes qué? Voy a pedirle a Molly que interceda por nosotros ante el Capitán para que nos case a bordo: ¿no te parece de lo más romántico?

LEVY: (a Kluge) Cuando le aclaramos que éramos judíos, el buenazo del Capitán respondió: "Mi tarea es casarlos: de esos detalles que se ocupe Dios." Y así fue como nos casamos a bordo del Titanic. Finalizado el almuerzo al que nos invitó el Capitán Smith, nos despedimos de todos y desembarcamos en Queenstown. A nuestras espaldas, el Titanic levó anclas, hizo sonar tres veces los silbatos y zarpó por última vez en su corta existencia. (*abraza a Judith y ambos miran a un punto en el horizonte*) Desde la costa, abrazados, vimos alejarse el transatlántico más grande del mundo rumbo a la leyenda en que se convertiría apenas tres días y medio después... Nos enteramos del naufragio en Stratford, mientras visitábamos la sepultura de Shakespeare.

JUDITH: (*está al borde del llanto; tiene un ramo de flores en la mano, se agacha y las deposita con cuidado junto a la imaginaria sepultura*) Itzjak: aferrémonos a lo que amamos aunque el resto del mundo se desmorone... (*se incorpora; de pronto habla con entusiasmo y esperanza*) ¡Hagamos aquello que más anhelamos aunque el mundo lo condene...! ¡Vivamos nuestro sueño aunque a los ojos de la vigilia parezca insensato!

LEVY: (a Kluge) Al día siguiente viajamos a Londres, decididos a permanecer fieles a nuestro amado poeta y a

nuestros nuevos mandamientos. Ya instalados en un hotel, salimos en busca de algún grupo vocacional de repertorio shakespeareano: por suerte, abundaban en Londres por aquella época, y nos incorporamos a uno de ellos. Poco después nos enteramos por los periódicos, con gran alegría, de que Molly Brown había sobrevivido, como usted sabe, y lamentamos mucho la suerte que corrió el Capitán: “desaparecido” significaba muerto... Yo conseguí trabajo como vendedor de jabones... curiosamente para la fábrica del jabón Vinolia, el mismo que se usaba en el Titanic, y Judith fue empleada en las oficinas de la misma empresa: un ejecutivo descendiente de alemanes, muy solidario, al conocer nuestra historia se empecinó en darnos trabajo allí y se ocupó personalmente de tramitar ante las autoridades los permisos correspondientes... Hicimos varias puestas con la compañía teatral, pero al estallar la guerra el grupo se disolvió. Estuvimos a punto de regresar a Alemania, pero nuestro mentor nos disuadió, de modo que permanecimos en Londres.

KLUGE: (*con un orgullo que no intenta disimular*) Debe haber sido terrible estar bajo el fuego alemán en esos tiempos...

LEVY: Y más terrible aún pensando que quizá eran nuestros mismísimos amigos y compañeros de teatro de Stuttgart quienes nos ametrallaban desde los aviones Fokker o tripulaban los zeppelines que arrojaban las bombas sobre nosotros...

KLUGE: (*sonriendo satisfecho*) Pero al fin regresaron a Alemania...

LEVY: Sí, al finalizar la guerra. Queríamos aportar nuestro humilde grano de arena a su reconstrucción. Judith y yo regresamos a Stuttgart y conseguimos una vivienda modesta, pero nos llevó mucho tiempo conseguir trabajo: nos manteníamos gracias a nuestros ahorros. A pesar de todo, intentamos vivir con decoro, y los malos años y los buenos años se fueron sucediendo...

KLUGE: ¿No tuvieron hijos?

LEVY: No: lo decidimos...

JUDITH: (*encimándose a Levy, toma la palabra*) ...de común acuerdo. Pensamos que hacer llegar a la gente el arte de Shakespeare contribuye a hacer mejores a las personas, lo cual equivale a traer un nuevo ser al mundo y, por extensión, a crear un mundo mejor...

LEVY: (*repite para sí, con tono irónico*) ¡Un mundo mejor...! A fines de la década de 1920 y principios de la siguiente, muchas familias judías comenzaron a emigrar... Nosotros decidimos permanecer en Alemania contra viento y marea, sin imaginar lo que se avecinaba... En la década de 1930 comenzó el terrorismo de Estado: las persecuciones, los grupos de tareas irrumpiendo en la noche, los secuestros, las torturas...

Levy no percibe que Kluge arranca el puñal de la mesa con mano crispada, pero se interrumpe simultáneamente con la acción de Kluge, sabiendo que ha cometido una imprudencia al hablar ante él como lo ha hecho.

KLUGE: *(intenta hacer caso omiso de lo escuchado, obligándose a sí mismo a guardar el puñal en su vaina)* Y dígame, ¿cómo se las arreglaron usted y su esposa para continuar con su pasión actoral en este ambiente... poco propicio, por llamarlo de algún modo?

LEVY: *(apesadumbrado)* Nunca volvimos a actuar... *(el reflector que ilumina a Judith se va apagando gradualmente, a la vez que ella va retrocediendo unos pasos lentamente, hasta desaparecer en la oscuridad)* Y desde hace un año, dos meses y diecinueve días, no hemos vuelto a vernos... *(con angustia)* El último recuerdo que tengo de Judith es su expresión aterrada cuando nos llevaron a empujones, llamándonos “basura judía”, y su mirada de despedida cuando, poco después, nos separaron... No hubo palabras, porque la realidad nos amordazó a ambos...

Levy enmudece, agacha la cabeza, abatido. Kluge le llena la copa.

KLUGE: Beba: le hará bien.

LEVY: *(mira a Kluge y dice con un hilo de voz)* Gracias.

Ambos beben.

KLUGE: Le haré una confidencia... Desde muy pequeño tengo un sueño recurrente: mi madre me da a luz en la proa del Titanic en el preciso instante en que se produce el choque contra el témpano de hielo... *(pensando en voz alta y exaltándose paulatinamente)* ¡Qué noche aquélla! Mil quinientas almas abandonaban sus cuerpos en el helado

Atlántico Norte y yo nacía... Los caminos del Señor son misteriosos. El hombre desafía Su poder construyendo una Torre de Babel flotante; con soberbia la llama “inhundible”, y en un segundo Él la hace añicos interponiendo en su derrotero un trozo de hielo, una sólida representación de la ira divina, tan blanca como la raza aria que está en vías de destruir a todo quien se le oponga, y de aniquilar al mundo entero, de ser necesario, si se empeña en obstruir el camino hacia la realización de su destino... Toda una metáfora, ¿no cree? ¿Acaso estaría Shakespeare pensando en la raza aria cuando puso en boca de Hamlet aquellas hermosas palabras?

LEVY: Discúlpeme: ¿a qué pasaje se refiere?

KLUGE: *(recita con entusiasmo, como si las palabras le pertenecieran y estuviese expresando su propia opinión)* “¡Qué obra maestra es el hombre! ¡Cuán noble en razonamiento! ¡Qué infinito en facultades! En su forma y movimiento, ¡cuán expresivo y admirable! En sus acciones, ¡qué parecido a un ángel! En su inteligencia, ¡qué semejante a un dios! ¡La maravilla del mundo! ¡El arquetipo de los seres!”

LEVY: No sé si pensaba en la raza aria al escribir esas palabras... pero sí sé que Shakespeare no se equivoca con respecto a la condición humana: él ha dado vida a personajes como Yago, como Ricardo III, como Macbeth y Lady Macbeth, como Regan y Goneril...

Kluge parece descolocado, y cuando abre la boca para replicar, Levy continúa.

LEVY: El hombre está muchísimo más cerca del despreciable e inescrupuloso asesino de sangre fría, calculador, traicionero, resentido y cínico que es Ricardo III, que de ese ser angelical que describe Hamlet. (*se produce un momento de silencio*) Parece familiarizado con la obra de William Shakespeare, Herr Kluge...

KLUGE: (*llena su copa y bebe un trago antes de hablar*) Mi primer contacto decisivo con Shakespeare se produjo gracias a Fräulein Eva Braun. (*escruta el rostro de Levy, que denota sorpresa*) Veo que el nombre no le es desconocido...

LEVY: Recuerdo haber leído algo sobre ella... una breve nota en un periódico, acompañada por la fotografía de una jovencita de cabellos rubios saliendo de una tienda lujosa y abordando un Mercedes-Benz oficial, con chofer... La publicaron varios periódicos y revistas... (*mira a Kluge a los ojos*) que inmediatamente fueron cerrados. La nota decía que la imagen había sido captada en Berchtesgaden, cerca de la residencia de Hitler en los Alpes bávaros. Se trataba, según el periodista, de la concubina secreta del Führer.

KLUGE: Es usted muy observador, Herr Levy, y tiene además una memoria envidiable... Pues bien: fue precisamente en el “Berghof” donde conocí a Eva... (*una luz cenital revela a Eva Braun en escena; viste blusa y pantalones holgados*) Por entonces yo era un Leibstandarte-SS y había sido escogido para integrar la guardia personal de Hitler, que se renovaba periódicamente: éramos un selecto grupo de quince arios. En el “Berghof” habitualmente teníamos poco o nada que hacer, pero siempre estábamos atentos en nuestros puestos y listos para acompañar al Führer (*entra Hitler, vestido con*

traje de civil) en caso de que quisiera dar un paseo o para recibir a alguno de los invitados ilustres que lo visitaban... Certo día, por la mañana, seis de nosotros flanqueamos al Führer cuando fue a la sala a dar la bienvenida a su amigo, el escultor Arno Breker... (*En la ventana, un bello paisaje de montañas reemplaza a la humeante chimenea del crematorio*). Probablemente usted conoce algunas de sus obras neoclásicas más famosas, como el Alejandro Magno...

LEVY: Las conozco, Herr Kluge.

KLUGE: Acompañaba a Breker el más bello ejemplar de hembra aria que yo hubiese visto en mi vida. Breker la presentó como su sobrina Isolde. (*un reflector ilumina a Isolde y Arno Breker; Hitler y Eva Braun se acercan a Isolde y la besan, por turno, en ambas mejillas; los cuatro salen de escena*) Yo no podía quitarle los ojos de encima. Mientras Fräulein Braun le mostraba la casa a Isolde, Hitler y Breker salieron a dar un paseo escoltados por nosotros, los Leibstandarte. El día estaba hermoso y la caminata se prolongó hasta la hora del almuerzo. Ellos charlaron acerca de sus planes comunes para la Berlin del futuro, y ya de regreso en el “Berghof”...

Hitler y Eva Braun entran a escena, atravesando el escenario mientras dialogan.

HITLER: Creo que tenemos nuestra intérprete de inglés para los Juegos Olímpicos: Arno me ha pedido que le demos el puesto a Isolde, ¿qué opinas?

EVA: Que será, sin duda, una traductora excelente... y

conoce al dedillo la obra de Shakespeare: esta tarde recitó para mí varios pasajes...

Hitler y Eva salen de escena.

KLUGE: Aquella noche me correspondía la primera guardia, de modo que, después de la cena, ocupé mi puesto en la sala de estar.

Kluge camina hasta el ventanal. Se para con las piernas separadas y los pulgares a la hebilla del pantalón. Entran Hitler, Eva Braun, Arno Breker e Isolde, vestidos con ropa elegante. Isolde lleva los brazos cruzados; permanece de pie, al igual que Breker, mientras los demás se sientan en el catre, como si fuese un sillón.

KLUGE: Hitler no fumaba, y le tenía prohibido a Eva hacerlo. Sin embargo, en esta ocasión permitió que Eva aceptara el cigarrillo que Breker le convidaba sólo por deferencia.

Arno Breker abre su cigarrera y convida a Eva. Ésta acepta. Arno enciende el cigarrillo de ella y el suyo propio.

ISOLDE: Tío Arno planifica una nueva serie de esculturas inspiradas en los clásicos. Yo posaré para él como la “Venus” hallada en Milo.

ARNO BREKER: El concepto de la escultura se basará en una de las versiones que circulan sobre la forma original de esa estatua; la versión más transgresora de todas: afirma que Venus sostenía, en cada una de sus manos en alto, genitales masculinos.



Isolde descruza los brazos y los extiende: en cada mano sostiene unos genitales masculinos de níveo mármol. Eva se atraganta con el humo y comienza a toser.

HITLER: (*riendo estentóreamente*) ¡Si ésa era la forma original de la escultura, seguramente fue Göbbels quien le amputó los brazos antes de arrojarla al mar...!

Isolde adopta la posición de la famosa escultura pero con la inclinación de hombros invertida: mantiene el brazo derecho en alto y estirado hacia adelante, remedando el saludo nazi, y el izquierdo más abajo y alejado del cuerpo hacia el costado. El pene que ocupa la mano izquierda es pequeño y cuelga fláccido; el otro es grande y erecto.

ARNO BREKER: El pene en la mano izquierda carecerá de prepucio, simbolizando al judaísmo; el de la derecha, con prepucio, simbolizará al cristianismo. Esta Venus, que se erigirá dominante sobre ambos mundos, se llamará “Teutonia Mater Venerea”...

La luz que ilumina a Isolde se apaga, tras lo cual, ya librada de los genitales de utilería, se une a los demás.

LEVY: Una idea inquietante, diría yo, Herr Kluge.

KLUGE: (*esboza una sonrisa torcida y continúa*) La velada se prolongó por un buen rato. De pronto, Arno Breker y Eva Braun coreaban al Führer pidiendo a voces:

EVA, HITLER Y ARNO BREKER: (*al unísono, dirigiéndose a Isolde*) ¡Que recite... que recite...!

ISOLDE: (*a todos, divertida y halagada a la vez*) Está bien, está bien... (*el coro aplaude, oyéndose un “¡Bravo!” entusiasta de Hitler, hasta que calla, expectante*) Voy a interpretar un fragmento de “Ricardo III”: el del cortejo fúnebre de Enrique VI... Lady Ana se lamenta junto al cadáver de su suegro y dialoga con Ricardo. (*a Hitler, mientras señala con el brazo extendido a Kluge*) ¿Puede participar el joven soldado, mein Führer? Necesitamos el cadáver de Enrique VI para motivarnos.

HITLER: (*divertido*) ¡Claro...! (*a Kluge*) ¡Échate al piso, soldado, junto a los pies de la niña!

Kluge (entrechoca los tacos de sus botas) ¡A la orden, mein Führer!

Kluge camina hasta donde se halla Isolde y se echa sobre el piso cuan largo es, en posición supina, las manos en cruz sobre el pecho, los ojos cerrados.

ISOLDE: Yo interpretaré a Lady Ana, y Eva a Ricardo.

EVA: ¡Yo nooooo!

ISOLDE: No temas, **EVA:** lo haremos en alemán.

EVA: Pero ni siquiera en alemán recuerdo los diálogos...

ISOLDE: (*desoyéndola*) “Oh tierra, que bebes esta sangre, su muerte venga! ¡Que el cielo parta de un rayo al asesino o que la tierra lo aspire con su boca inmensa, como aspira la sangre de este buen monarca carneado por su mano, que el infierno guía!”

Isolde se inclina lentamente sobre Kluge y lo besa en los labios; los demás no ven lo que sucede pues los aísla la cabellera en cascada de Isolde, que envuelve el rostro de Kluge.

KLUGE: (*desde su posición en el suelo, sin abrir los ojos ni moverse, a Levy*) Isolde posó sus labios en los míos. Fueron unos segundos solamente, pero en mi experiencia esos segundos son uno de los momentos más vívidos y entrañables.

HITLER: (*interpretando a Ricardo III, medio encorvado, un hombro levantado y encogido contra el cuello simulando una giba, una pierna apoyada en postura antinatural. Apenas empieza a recitar, Eva lo aplaude, aliviada y divertida*) “Señora, no conocéis las reglas de la caridad que devuelven bien por mal, bendiciones en lugar de palabras malditas”

ISOLDE: “Impío, no conoces la ley de Dios ni la del hombre. No hay bestia tan feroz que no conozca un toque de piedad.”

HITLER: “Pues yo no lo conozco, bestia por tanto no soy.”

ISOLDE: “¡Qué prodigo que el demonio diga la verdad!”

HITLER: “Prodigo mayor que los ángeles estén tan enojados. Permitid, divina perfección en forma de mujer, que explique las supuestas maldades cometidas.”

ISOLDE: “Permíteme, siniestra infección en forma de hombre, que acuse a tu maldito ser de los probados crímenes cumplidos.”

HITLER: “Mujer más bella de lo que la lengua expresa, concededme un instante para disculparme.”

ISOLDE: “Hombre más vil de lo que el corazón concibe, la única excusa sería colgarte con tus propias manos.”

HITLER: “Por desesperación, con más encono aún me acusaría.”

ISOLDE: “Y así, por desesperación, podrías excusarte cumpliendo en tu carne la injusta venganza por la injusta muerte que a otros inferiste.”

HITLER: “¿Y si no los hubiera matado?”

ISOLDE: “Pues entonces no estarían muertos, pero muertos están y por tu mano...” salvo éste. (*Isolde le toca a Kluge el costado con el pie y se echa a reír. Kluge abre los ojos. Eva, Hitler y Arno Breker también ríen*) Perdónenme, por favor, pero me tenté viendo las muecas y los temblores de este joven...

HITLER: Puedes levantarte, soldado.

KLUGE: (*aún acostado, entrechoca los tacones*) ¡A la orden, mein Führer!

Kluge se incorpora y vuelve a su sitio junto a la ventana, a través de la cual se siguen viendo las montañas.

HITLER: ¡Estos son los soldados que Alemania necesita: no importa cuántas heridas les haya infligido el enemigo

ni cuán muertos estén: se levantan y están listos para la batalla otra vez! ¡Listos para volver a morir por su Patria y por su Führer!

Kluge queda en su lugar; los demás salen de uno en uno del escenario. Eva es la última: se acerca a Kluge.

EVA: Te felicito por tu actuación, Dieter. (susurra en su oído) Te espero en mi habitación cuando llegue tu relevo.

El sector en que se halla el catre está en penumbras: Eva se dirige a él y comienza a desvestirse. Kluge queda un momento en silencio y luego sale del escenario. Levy queda solo, la cabeza gacha. En la ventana, el paisaje es reemplazado por una luna llena. Eva, ya desnuda, se acuesta en el catre; una luz tenue la ilumina. Se oyen unos golpecitos en la puerta.

EVA: Pasa, Dieter.

Kluge entra y se acerca al catre. Se desnuda y luego se acuesta junto a Eva. Hacen el amor mientras Levy se incorpora y reflexiona en voz alta.

LEVY: ¿Es verdadera la historia de Herr Kluge...? ¿Habrá conocido en tales circunstancias a Isolde, a Eva Braun, a Hitler? Si es que Isolde existe, claro... El hecho de que Herr Kluge conozca las obras de William Shakespeare y sea capaz de citar pasajes enteros de memoria, no es prueba de que la historia que cuenta sea cierta... Por otra parte... ¿para qué mentir?

Kluge y Eva llegan al climax de la relación, tras lo cual quedan abrazados, aparentemente dormidos. Levy se sienta nuevamente, pensativo, dándoles la espalda. Kluge ríe.

EVA: ¿De qué te ríes, Dieter?

KLUGE: De mi Enrique VI.

EVA: Sobreactuaste, eras un cadáver de párpados temblorosos...

KLUGE: Y esta noche... ¿sobreactué?

EVA: Esta noche ambos sobreactuamos... y estamos muertos.

KLUGE: Puedo salir nuevamente a escena, no olvides que soy un especialista en eso de morir y resucitar: el mismísimo Führer me felicitó por ello.

EVA: Luego interpretaremos el siguiente acto... ahora hablemos.

Kluge extrae un atado de cigarrillos del bolsillo de su chaqueta y se lleva un cigarrillo a la boca.

EVA: Aquí no puedes fumar... El Führer despertaría y vendría a regañarme... y no queremos eso, ¿verdad?

KLUGE: (*pensativo, luego excitado*) ¡Ahora entiendo...! Él sabía que querías acostarte conmigo, y además lo consintió... ¡pero no te permite fumar!

EVA: El Führer es un ser muy especial, Dieter, y hay ciertas cosas que pueden –y deben– hacerse, y otras que no.

KLUGE: ¿A qué te refieres?

EVA: Las cosas generalmente no son como uno quisiera que fuesen... Mi relación con el Führer, por ejemplo. Yo quisiera estar casada con él, darle hijos, pero él... él se niega: dice que se debe por entero a la grandeza del Reich, y que un hijo se sentiría anulado por completo debido al hecho de tener un padre idolatrado por su pueblo como si fuese un dios... (*al borde de las lágrimas*) Soy joven... y tengo necesidades, como cualquiera. Eso, al menos, el Führer lo comprende...

KLUGE: Pero él decide cuándo: el haberte permitido fumar anoche fue la señal de consentimiento, ¿no es cierto? (*Eva asiente*) ¿Y él...? ¿Él no...? (*Eva sacude la cabeza, negando*) Dime... ¿cómo se conocieron?

EVA: Eres muy curioso, Dieter...

KLUGE: No voy a desaprovechar la ocasión de conocer íntimamente al hombre más grande de Alemania... ¿Cómo se conocieron?

Hitler sale a escena con ropas de civil y lentamente se acerca al catre mientras Eva habla.

EVA: Nos conocimos en 1929 en Munich, en el estudio fotográfico de Heinrich Hoffmann, su amigo y fotógrafo personal. Yo era secretaria de Hoffmann, y la primera vez que vi al Führer fue en ocasión de una serie de fotografías



que debían tomarle para un nuevo cartel de propaganda del Partido, de modo que habían arreglado una cita en el estudio. Su personalidad me impactó... y lo que marcó a fuego mi amor incondicional por él fue su respuesta cuando le pregunté cómo hacía para hablar de ese modo tan subyugante...

HITLER: (*ya junto al catre, a Eva*) Sencillo: Shakespeare.

Hitler sale de escena. Kluge se incorpora y comienza a vestirse.

EVA: Lo vi varias veces después de aquel día, y en una ocasión me invitó a cenar. Así comenzó todo...

El reflector que ilumina a Eva se apaga. En la ventana, las montañas reemplazan a la luna.

KLUGE: (*a Levy*) Como le dije antes, Eva plantó en mi alma, aquella noche, la semilla de mi amor por Shakespeare. Incluso recuerdo algo curioso: ella citó un escrito de Oscar Wilde donde se afirma que Shakespeare era homosexual... y que estaba enamorado de un joven actor de su compañía teatral, Willie Hughes, cuya especialidad era interpretar personajes femeninos. Supuestamente este bello joven fue la verdadera inspiración del poeta al escribir sus Sonetos, así como el misterioso W.H. a quien se los dedicó... Aquella misma noche, Eva me regaló la traducción alemana de las “Obras completas” de Shakespeare: jamás me separo de ese libro (*señala con un gesto el anaquel con libros*) Dos días después, Isolde y Arno Breker partieron hacia Berlin. (*la imagen de las montañas en la ventana es reemplazada por una sucesión de clips del documental Olympia, de Leni Riefenstahl*)

Pocas semanas después, afortunadamente, se produjo el reencuentro. Habían comenzado los Juegos Olímpicos y, tal como yo había escuchado aquella tarde en el “Berghof”, Isolde oficiaba como intérprete de inglés del Führer. Por suerte, los guardias no habíamos sido relevados, de manera que ahí estaba yo y allí estaba Isolde... y Eva... y el Führer. El ambiente festivo podía palparse en cada rincón de Berlín. La única nota disonante provenía de las declaraciones – lamentables, por lo demás- de cierta franja de la prensa extranjera, que acusaba al Régimen de haberse quitado de encima a sus opositores enviándolos a los campos de Dachau y Oranienburg... Quizá usted lo recuerde...

LEVY: Oh, por cierto que sí: también en Stuttgart todos los lugares públicos exhibían aquellos carteles que Göbbels mandó colocar para responder a las acusaciones de la prensa: “Los alemanes somos derechos y humanos.” (*en la ventana se instala nuevamente la imagen de la chimenea humeante*) ¿Realmente cree que los alemanes somos derechos y humanos, Herr Kluge?

KLUGE: (*haciendo un esfuerzo por contenerse*) ¿Ha dicho somos?

LEVY: Claro: yo también nací en Alemania...

KLUGE: Lo sé, lo sé... (*se incorpora y camina hasta ponerse a las espaldas de Levy, que se tensa pero no se atreve a volverse hacia él. Para sí*) Eso es lo que tú y tu especie quieren hacernos creer a los verdaderos alemanes... (*a Levy*) Pero debe tener presente que es súbdito de Alemania, no ciudadano.

LEVY: Espero no haberlo molestado... pero ya que lo menciona, me parece que el término súbdito es más bien un eufemismo... (*Kluge desenfunda nuevamente su puñal de SS y lo acerca furtivamente al cuello de Levy. Levy, sin volverse, toma la cuchilla que está sobre la mesa. Kluge recula*) Yo diría que a los judíos alemanes no sólo nos han cortado (*en un remedio de castración, toma con una mano unos imaginarios testículos, mientras que con la otra los corta con la cuchilla*) todos nuestros derechos como ciudadanos sino como seres humanos... (*deja la cuchilla en la mesa. Kluge exhala, aliviado; enfunda su puñal y se sienta en su silla*) Recuerdo muy bien la noche del 9 al 10 de noviembre de 1938... la “Noche de Cristal.” (*se oye el estrépito de cristales quebrándose; Levy se deja llevar por sus recuerdos*) En las paredes podía leerse, pintada con brocha gorda, la leyenda “HAGA PATRIA: MATE UN JUDÍO.” Los nacionalsocialistas atacaron a los judíos en todo el territorio alemán, destrozaron sus tiendas, incendiaron las sinagogas...

KLUGE: (*interrumpiéndolo para evitar el tema tocado por Levy*) Todo campo de prisioneros es permeable a las noticias del exterior, y éste no es la excepción... ¿Qué sabe del transcurso de la guerra?

LEVY: (*con cautela*) He oído que nuestras tropas han llegado a Moscú, e incluso a Leningrado.

KLUGE: ¿Sabe que los Estados Unidos ingresaron a la guerra?

LEVY: (*sorprendido*) ¿Los Estados Unidos?

KLUGE: Cuando el Führer fue informado del avance de la flota americana hacia Alemania, lo comunicó por radio a toda la nación:

Sale Hitler a escena, vestido con uniforme, y encara al público.

HITLER: *(gritando, con voz aguardentosa)* ¡Si quieren venir que vengan: les presentaremos batalla!

KLUGE: Pues bien, volviendo a mi relato: escuché a Isolde comentar que le gustaría asistir a la fiesta que Göbbels daría en su mansión tras el cierre de los juegos, así que solicité una licencia, que me otorgaron a último momento, y obtuve un pase. Ni Hitler ni Eva asistieron a la fiesta: yo había notado cierta tirantez entre ambos recientemente. El hecho es que Isolde y yo nos reunimos en la fiesta de Göbbels... *(se oye un vals de fondo)* Durante aquella velada, hablamos del modo en que el Führer había solucionado el acuciente problema de la desocupación gracias a la “Revolución Productiva”, que reactivó la industria, en especial las fábricas de armamentos, lo cual contribuía a preparar a Alemania para que asumiera el futuro rol — al cual estaba predestinada— de Guía Moral, Cultural y Espiritual del mundo entero... Aún resonaba en nuestros oídos aquella maravillosa frase con que el Führer había rematado su discurso, al ser investido como la autoridad máxima del país, enardeciendo a la nación entera:

HITLER: ¡Alemania: levántate y anda!

Hitler sale de escena.

KLUGE: Aquella noche le propuse matrimonio a Isolde... pero las cosas raramente resultan como uno quisiera... (*cesa la música abruptamente*) Después de la fiesta la acompañé a su casa y regresé al cuartel, donde me encontré con una orden del Comando General de las SS transfiriéndome a Viena. Debía partir al día siguiente. Me apresuré a completar el formulario solicitando una Orden de Casamiento y fui a despedirme de Isolde... Cuando mi tren comenzaba a abandonar la estación, se presentó un mensajero gritando mi nombre: traía una carta para mí. El mensaje mecanografiado estaba en clave, una clave muy particular, con la cual los criptógrafos difícilmente estuviesen familiarizados: "MC-1-5J:10-3." Y la carta tenía, además, el perfume de Eva. De inmediato relacioné la M y la C con Montescos y Capuletos. Saqué de mi mochila las "Obras completas" que Eva me había regalado, busqué "Romeo y Julieta" y descubrí que aquel texto me remitía al Acto Primero, Escena Quinta, y, dentro de ella, a la tercera frase del décimo diálogo de Julieta...

Sale Eva a escena y recita, acongojada.

EVA: "Quiere mi negra suerte que consagre mi amor al único hombre a quien debo aborrecer."

Eva sale de escena.

KLUGE: No pude sino relacionar mi repentino traslado con aquella tensión que había advertido entre Hitler y Eva poco antes... Resumiendo: pasé lo que restaba de aquel año y parte de 1937 en Austria, donde fui ascendido por mi

desempeño, y luego me transfirieron a Praga y, por fin, a Polonia durante la invasión. Las acciones bélicas se fueron sucediendo, así como los ascensos, hasta mi rango actual.

LEVY: Le otorgaron la Cruz de Hierro... (*Kluge sonríe, orgulloso, y se pasa maquinalmente el puño de la chaqueta por la medalla*) ¿Y se casaron?

KLUGE: (*la sonrisa se esfuma*) El permiso de casamiento fue denegado. Isolde pasó todos los exámenes médicos, pero la oficina de genealogía halló un antepasado por vía materna que se había casado en 1807 con una mujer oriunda de Bohemia, descendiente de eslavos.

LEVY: ¿En 1807?

KLUGE: La genealogía debe determinar ascendencia aria pura hasta por lo menos 1750, tanto en el aspirante a convertirse en soldado SS como en su futura esposa... Así son las cosas. Como le dije antes: raramente resultan como uno quisiera...

LEVY: Pero... ¿no hizo nada para volver a ella... nada por su felicidad y la de Fräulein Isolde?

KLUGE: ¿Qué podía hacer? Yo estaba en el frente, cumpliendo con mi deber, y si hubiese faltado a mis obligaciones la misma Isolde habría renegado de mí.

LEVY: (con amargura) Parece que ninguno de nosotros ha logrado retener al objeto de su amor... (*recomponiéndose, tras una pausa*) ¿Realmente es tan grande su admiración por Hitler?

KLUGE: Lo que admiro es su férrea voluntad: de no ser por ella, Adolf Hitler nunca hubiese llegado a ser el Führer de la Gran Nación Alemana...

Sale Hitler a escena, nuevamente vistiendo uniforme, y se dirige al público.

HITLER: ¡La voluntad, y no el raciocinio, es lo que nos diferencia de los animales, prisioneros del instinto! ¡La voluntad es elección, es libertad, y gracias a ella los arios podemos vencer cualquier obstáculo, incluyendo nuestra propia naturaleza!

Hitler sale de escena.

LEVY: Lo que hizo caminar erguido al hombre-mono no fue la incipiente inteligencia sino la soberbia...

KLUGE: (*poniéndose de pie, indignado*) ¿Acaso está comparando al Führer con un... simio?

LEVY: ¿Ha visto la película “King Kong”?

KLUGE: (*para sí*) El judío desvaría... o bebió demasiado.

En la ventana, la imagen de la chimenea es reemplazada por la de King Kong espiando el interior de la habitación.

LEVY: Es premonitoria... (*Kluge se sienta nuevamente*) Fue estrenada en los Estados Unidos en 1933, el año en que Hitler fue nombrado Canciller. Yo la vi al año siguiente en Stuttgart. La naturaleza onírica de esa película, acentuada

por el paisaje expresionista de la “Isla de la Calavera”, el hogar de Kong, parece hablarle directamente al subconsciente. Y al mío le habló –le gritó– clara e inequívocamente: “King Kong es Adolf Hitler, y Adolf Hitler es King Kong”, y la isla en que vive, llena de bestias prehistóricas, es una extensión de su propia naturaleza salvaje y primitiva.

La imagen de King Kong en la ventana es reemplazada por la de Hitler, y mientras Levy habla, ambas imágenes se van turnando e ilustrando, con material de archivo y clips del film “King Kong”, lo que Levy expone.

LEVY: La mismísima “Isla de la Calavera” representa el emblema de las SS: la Totenkopf, y las plantas y árboles gigantescos coinciden con la arquitectura descomunal del nacionalsocialismo. Ambas historias –la de Kong y la de Hitler– comienzan dentro del marco del realismo, en el ámbito de la depresión tras el colapso de la Bolsa: hambre, desocupación, desesperanza, para luego transformarse en verdaderas pesadillas... Kong rapta a la muchacha blanca, Ann: es Hitler invadiendo Polonia e iniciando la guerra... Esto no podía saberlo entonces, claro, pero en 1939 descubrí el paralelo... Mientras se mantuvo tras la enorme muralla/ frontera de su isla, Kong estuvo seguro; al trasponerla, inició el camino hacia su destrucción. Pero mientras transita ese camino siembra también la muerte y la destrucción dondequiera que vaya... igual que el Führer. Por otra parte, Kong es un gigantesco gorila macho que vive solo, sin pareja. El motivo por el cual rapta a Ann –y olvidemos por un momento que la joven puede simbolizar a Polonia– no puede ser el deseo de transformarla en su pareja, ya que la desproporción entre ambos no haría siquiera imaginable la



consumación sexual de un supuesto amor correspondido... No: lo que realmente ocurre es que poseyendo a Ann, integra un significativo porcentaje femenino a su propia naturaleza... Todos los hombres tenemos nuestro componente femenino, pero Kong se aferra a él de tal modo que le acarrea la aniquilación. Kong ha llegado a la cima del edificio Empire State, a la cima del Mundo, y es derribado de ella por las balas enemigas. Por otra parte, tanto en la caverna de la "Isla de la Calavera", donde una serpiente gigantesca amenaza a Ann, como en Nueva York, donde el gorila es "atacado" por esa otra serpiente gigante que es el tren, Kong destruye a la serpiente, que es un símbolo sexual: la sola alusión al sexo parece enfurecerlo...

Las últimas imágenes del film muestran a Kong matando a la serpiente en su cueva y luego descarrilando el tren en Nueva York, tras lo cual se instaura nuevamente la imagen de la chimenea humeante.

KLUGE: (para sí, irritado) ¡Por el anillo de Thor! ¡Ha leído a ese maldito judío de Viena!

LEVY: Hitler quiere aniquilar al mundo entero, porque el mundo no le permite ser como es... (mira a Kluge directamente a los ojos) Toda formación masculina de grupos tiene base en el impulso homosexual. La "Liga de los Pájaros Errantes"...

KLUGE: ¿Qué tiene que ver la Wandervögelbund con el Führer? Hitler no perteneció a ella...

LEVY: Permítame explicarle Herr Kluge, ese movimiento

juvenil, que surgió en la década anterior a la Gran Guerra, era un caldo de cultivo para la homosexualidad... No todos eran pederastas, pero sí muchos de ellos, sobre todo los jefes. Y ocurre que los jóvenes Wandervögel de ayer son hoy los “viejos combatientes” de Hitler. Casi todos los jefes nacionalsocialistas que se agrupan en torno al Führer en Munich son homosexuales: ¿qué llevó a los antiguos oficiales profesionales a tomar como aliado y jefe a alguien como Hitler, que no era de su clase y de quien incluso se hablaba con desprecio? (*Kluge enciende un cigarrillo, tras extraerlo de la cigarrera extremando los cuidados, con el segundo fósforo; no convida a Levy, que continúa hablando ajeno a lo que hace Kluge*) Hitler era, además, austriaco. Si sus mecenas de Munich superaron sus prejuicios haciendo de ese extranjero social y culturalmente inferior a ellos su amigo y jefe, fue porque ejercía sobre ellos una atracción erótica que, desde su juventud, hallaban irresistible...

KLUGE: (*con tono de condescendiente reprobación*) Herr Levy, Herr Levy... nuestro partido se reduce, según usted, a un puñado de pervertidos jugando a conquistar el mundo como se conquista a un jovencito para corromperlo física y moralmente...

LEVY: No me malinterprete, Herr Kluge sé perfectamente que el nacionalsocialismo es un movimiento complejo en cuya gestación intervinieron numerosos factores, y considero que el de la homosexualidad es sólo uno de ellos, pero uno no menos importante que cualquiera de los restantes... Uno que dio lugar a la llamada “Noche de los cuchillos largos”.

Hitler aparece en escena, viste uniforme militar y se dirige al público en su acostumbrado estilo de apasionada arenga.

HITLER: ¡Estoy al tanto de la abundancia de homosexuales en la cúpula de las SA y he descubierto una conspiración en su seno! ¡He sorprendido a los criminales en su nido de Munich, durante la noche, y los he acusado de llevar a la infamia y al descrédito el honor y la dignidad de nuestras SA, humillando al movimiento mediante las miserias morales! ¡Pueblo de Alemania: como mejor que decir es hacer, y mejor que prometer es realizar, ordené personalmente la purga que ha acabado con dicha conspiración!

¡Muerto el perro, se acabó la rabia!

Hitler hace el saludo nazi y sale de escena.

KLUGE: Si, como usted sostiene, la cúpula del Régimen es homosexual, ¿por qué perseguir y castigar a los homosexuales, entonces?

LEVY: El horror a la verdad de los nacionalsocialistas es típico de los homosexuales; el espíritu y el saber les son sospechosos: “esas son cosas de judíos, de bolcheviques y de liberales...” Una vez más, le pido que no me malinterprete, Herr KLUGE: no tengo nada contra los homosexuales...

KLUGE: (para sí) ¡Claro que no, judío! Ni siquiera tienes el antídoto, ¿verdad?

LEVY: El énfasis del Régimen está puesto en el simbolismo y la inclinación a las acciones irracionales, por eso, más que un movimiento político, el nacionalsocialismo es una

nueva religión, y el Mesías de esa religión es Adolf Hitler. Los homosexuales se consideran a sí mismos como una minoría selecta, y ese es el punto de partida de su ideal racial. No todos los integrantes del nacionalsocialismo son homosexuales, pero el nacionalsocialismo es, en esencia, una asociación masculina homosexual agrupada en torno a un héroe masculino: Hitler. Una vez más, ¿por qué? Porque lo que se aparta de la norma ejerce siempre gran atracción... Hitler nació en la Alta Austria, su dialecto es a veces incomprensible para los oídos alemanes, su aspecto físico –el bigote censurado, el mechón sobre la frente– y su habilidad oratoria son elementos extraños para Alemania...

KLUGE: ¡Lo que dice es verdaderamente repugnante, Herr Levy! ¿Adónde quiere llegar?

LEVY: A usted, Herr Kluge... Porque, ¿acaso no se representa esta noche, aquí, una comedia de la cual usted es autor y actor a la vez?

KLUGE: (*poniéndose de pie*) Déjeme decirle algo acerca de representar comedias... (*comienza a pasearse de un extremo al otro del recinto*) Usted se ha llamado a sí mismo alemán y ha protestado porque se lo degradó a la categoría de súbdito del Reich... (*se detiene frente a Levy*) Pero usted no es alemán: es judío. (*reanuda su paseo*) Los judíos no han creado absolutamente nada: se benefician con la cultura que adoptan de las naciones en que se enquistan como el parásito que son. Se disfrazan de “alemanes” o de “británicos” o de “holandeses”, ocultando siempre su verdadera naturaleza tras la máscara de la religión, que

proclaman como la única diferencia existente entre el huésped al que asfixian y ellos... ¡Ja! ¡La única diferencia! El Führer supo ver esto claramente, como lo vieron en el siglo XV los españoles al echar de su tierra a los judíos que se negaban a convertirse al catolicismo. Muchos de ustedes se fueron, pero muchos de los que se quedaron cometieron el peor de los sacrilegios: fingirse católicos, y continuaron secretamente con sus ritos judaicos. ¡Qué despreciable! ¿Y usted habla de representar comedias? Pero el Santo Oficio de la Inquisición se ocupó de poner las cosas en orden: a los que descubría jugando al lobo disfrazado de cordero, los quemaba en la hoguera.

Kluge da un respingo y suelta la colilla de su cigarrillo, que se ha consumido quemándole los dedos. Histéricamente se palmea las manos, se lame los dedos quemados, los mete en el vino que queda en su copa.

LEVY: ¿Podemos volver a su historia personal, si no le molesta, Herr Kluge? (sin esperar respuesta, continúa) Creo que usted, al relatarlos, tergiversó los hechos... El permiso para fumar era, sí, una señal del Führer a Eva Braun; pero esa señal no significaba "haz lo que se te antoje esta noche", sino algo muy distinto... (mientras Levy habla, Kluge se acerca al catre y comienza a desvestirse) Eva Braun ocupa en la vida del Führer, a juzgar por su relato, Herr Kluge, un papel menos que secundario: es el equivalente a una secretaria; una que quizás lo ama y por ello soporta su tiranía... Me atrevería a decir que la principal misión de Eva es la de seleccionar y probar a los bellos ejemplares arios destinados a satisfacer las necesidades del gran amo, el mismísimo Führer, haciendo más cálido su lecho...

Un reflector ilumina tenuemente el catre, sobre el cual yacen ahora, desnudos, Kluge y Hitler. Ambos reproducen exactamente la escena de sexo vista antes entre Kluge y Eva; Hitler reemplaza a Eva.

LEVY: Bajo esta luz, también la alusión a la supuesta homosexualidad de Shakespeare tiene un aspecto completamente distinto: la intención de Oscar Wilde puede que haya sido “legitimar” su propia homosexualidad atribuyéndole igual condición a alguien tan venerado como Shakespeare. Y esa misma pudo haber sido su intención, Herr Kluge, al mencionarme el tema... En cuanto al Führer, sus cualidades femeninas son innegables: tiene un carácter neurótico...

KLUGE: *(para sí, jadeante, sin interrumpir su cópula con Hitler)* ¿Cómo se llama el maldito judío de Viena...?

LEVY: ...llega tarde, adrede, a todos los actos oficiales para ser el centro de atención; le gusta exponerse a las luces de los reflectores cuando ocupa la tribuna del orador; las lisonjas le encantan, pero ante la menor crítica estalla, iracundo, expresando a modo de justificación que Hindenburg le “tiró el gobierno por la cabeza”; le gusta la pompa, así como el derroche de bienes que no le pertenecen; tiene avión privado, numerosas propiedades, su bunker en las montañas, a sólo un paso de su ciudad natal... No es un hombre cultivado, lo cual no obsta para que haga discursos y tome decisiones sobre temas que desconoce por completo...

Levy calla. Transcurren unos segundos, durante los cuales Kluge se viste, sentándose luego en el catre. Hitler hace lo



propio, pero se viste con shorts negros, medias de seda con portaligas, zapatos de tacón alto y un sombrero de copa, como Marlene Dietrich en “El ángel azul”. El bigote contribuye a conferirle un aspecto grotesco. Canta la canción que la diva interpretara en dicho filme, “Ich bin von Kopf bis Fuss auf Liebe eingestellt” —“Estoy hecha para el amor de la cabeza a los pies”—, en el estilo decadente de los cabarets berlineses de los años ‘20, impostando la voz para parecerse a la Dietrich y danzando sensualmente con la silla de Kluge. Mientras canta la última estrofa sale de escena.

Kluge se incorpora, va en busca de su silla, que ha quedado un tanto apartada, y la lleva hasta la mesa; colocándola al revés, se sienta con las piernas abiertas y apoyando los brazos cruzados sobre el respaldo. Le habla a Levy con espíritu jovial.

KLUGE: Tengo un regalo de aniversario de bodas para usted. (se toma su tiempo para encender otro cigarrillo: es evidente que disfruta el momento y quiere prolongarlo) Usted dijo que no le teme a la muerte, pero sí a morir sin saber la suerte corrida por su esposa... (otra pausa; otra pitada, tras la cual las palabras salen de su boca acompañadas por el humo del cigarrillo, como si procedieran del Infierno) He aquí mi regalo: (pone énfasis al pronunciar el nombre) Raquel pasó a mejor vida hace tres meses y diecisiete días en el campo de mujeres de Ravensbrück.

Kluge sonríe, sin apartar sus ojos de los de Levy, que parece una estatua. Al fin, con esfuerzo, Levy atina a hablar.

LEVY: No estoy aquí por el azar de un sorteo, ¿verdad? Fui elegido deliberadamente: usted se tomó su tiempo para averiguar acerca de nosotros, de mí y de mi Judith...

KLUGE: *(irritado)* ¿Por qué insistes en llamar Judith a Raquel, judío? No sé dónde estará tu Judith en estos momentos, pero sí sé que tu Raquel es apenas un recuerdo que no perdurará... Dime: ¿a qué viene toda esta invención tuya, romántica y fabulosa, sobre el Titanic y Shakespeare? *(toma la fotografía un instante y la agita ante los ojos de Levy)* El de la fotografía ni siquiera se te parece... en la fotografía misma nada evidencia que haya sido tomada a bordo de un barco: podría ser cualquier estudio fotográfico... *(arroja la fotografía al piso, con desdén)* ¿Por qué insistir en una historia tan absurda? ¿Hay siquiera una pizca de Raquel en tu Judith, o Judith nunca existió y todo esto es una farsa? Si lo es, ya es hora de que deje de serlo: "El que está por morir no tiene motivos para faltar a la verdad."

LEVY: *(con frialdad, mientras sus ojos se posan en la cuchilla, junto a la hogaza de pan)* Ya he oído eso de que "el judío miente"... Pero sepa que yo tampoco le creo a usted: su historia acerca de Fräulein Isolde y Eva Braun no es menos "romántica y fabulosa" que la mía... En cuanto al apelativo "Judith", sencillamente me prometí a mí mismo no volver a pronunciar el nombre de mi esposa hasta que...

KLUGE: ¿... se reencuentren? *(sonriendo)* Ahora sabes que ese reencuentro nunca ocurrirá: jamás volverás a ver a Raquel... En tu cuento, ella se salvó del primer témpano de hielo gracias a ti, pero nada logró salvarla del segundo... del blanco y puro témpano del Tercer Reich. *(Levy tiene*

los ojos fijos en la cuchilla. Kluge termina su cigarrillo y lo aplasta en el cenicero. Levy comienza a mover la mano hacia la cuchilla pero, apenas habla Kluge, desiste) Y bien: ¿qué opinas de mi regalo?

LEVY: *(mirando a Kluge) Si, como usted mismo lo sugirió, es capaz de creer en la sinceridad de un hombre que está por morir, sepa que le estoy infinitamente agradecido... Saber que mi esposa ya no sufre es el mejor regalo que podría haber recibido. Lo que no comprendo todavía es... ¿por qué yo...?*

KLUGE: *(con pronunciado desprecio) ¿Por qué no? (mientras continúa hablando, Kluge se levanta de la silla y camina hasta el escritorio. Toma su gorra y repite la ceremonia de calzársela frente al espejo, corrigiendo su posición en busca de la inclinación deseada: esta vez, bufando, sólo lo logra al inclinar levemente el propio espejo) Comprenderás que no eres ninguna Scheherezade como para escucharte otras mil noches desplegando tus invenciones... (se acerca al anaquel de los libros y toma el grueso volumen de las "Obras Completas" de William Shakespeare, tras lo cual regresa junto a Levy; coloca su silla en la posición correcta, se sienta y apoya el libro sobre la mesa; lo abre y jueguesa con las páginas) Debo confesarte algo antes de... despedirnos: te dije una pequeña mentira sobre tu Raquel...*

LEVY: *(sintiéndose desfallecer, murmura para sí las palabras de una de las brujas de "Macbeth") "Por la comezón en mis pulgares / algo malvado se aproxima..."*

KLUGE: La semana próxima llegará a este campo procedente de Ravensbrück, *(Levy comienza a sacudir la cabeza, negando)*

y a partir de entonces será mi Raquel: ya puedo relamerme por anticipado, pensando en las maravillosas charlas que sostendremos sobre William Shakespeare y su obra... en el caso de que Raquel comparta con “Judith” su amor por Shakespeare, claro.

LEVY: (*tenso, aferrándose con ambas manos al borde de la mesa; cita a Hamlet, elevando paulatinamente la voz hasta terminar gritando*) “¡Palabras, palabras, palabras!” ¡Todo lo que ha dicho es mentira! ¡Judith descansa en paz... lo sé... lo sé!

Levy está paralizado. Kluge cierra el grueso volumen y, tomándolo con ambas manos, se pone de pie y avanza hacia Levy.

KLUGE: No sé cuánta importancia pudo haber tenido William Shakespeare en tu vida, judío, pero estoy seguro de que la tendrá en tu muerte... (*Levy toma la cuchilla de la mesa e, incorporándose, hace frente a Kluge, que se detiene*) Estás muy débil como para hacerme frente. Te sugiero que dejes esa cuchilla donde estaba y hagas las cosas más fáciles para ambos... (*Levy demora unos segundos y por fin obedece. Kluge, satisfecho, cita a Macbeth*) “Pero, ¿a qué detenerme en vanas palabras que hielan la acción? Es tiempo de obras y no de palabras. Descienda el pensamiento a las manos...”

Kluge levanta el pesado libraco por encima de un hombro, presto a asestar el golpe mortal sobre la cabeza de Levy. Las luces se apagan, simultáneamente con la pantalla que proyecta la imagen de la chimenea, quedando el escenario completamente

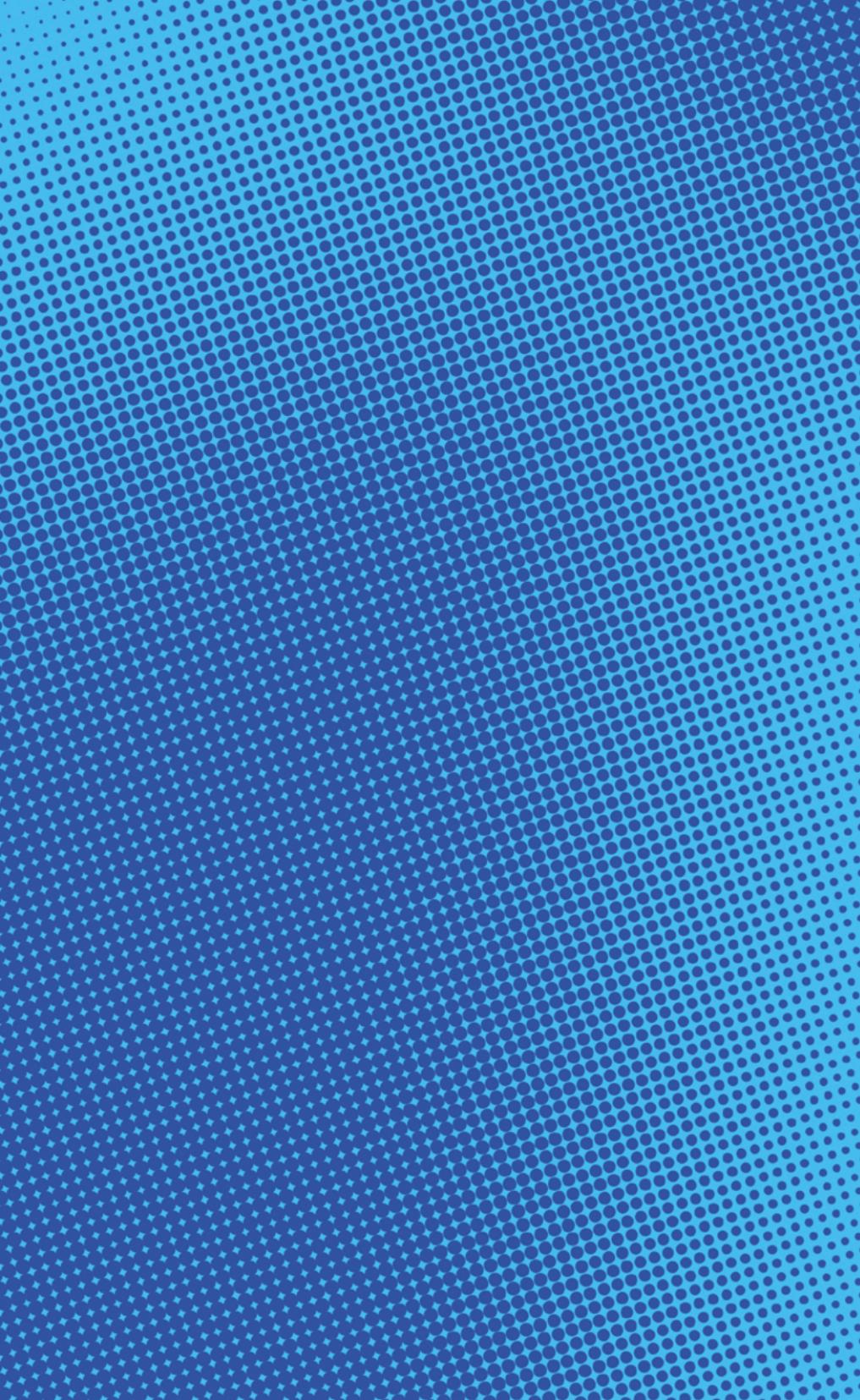
a oscuras. Silencio absoluto. Tras unos segundos, se oye la voz de Levy, despojada de toda emoción: el tono es informativo.

OFF LEVY: Herr Kluge obtuvo de mí apenas una magra pastilla de jabón. La noche siguiente consideró digno colofón de nuestra charla tomar una ducha y usar la abundante espuma que fui capaz de prodigarle para limpiar sus culpas... (*un solo reflector comienza a iluminar, cenital y lentamente, el cuerpo sin vida de Kluge, desnudo y en posición fetal sobre el escenario, hasta bañarlo con una luminosidad nívea, intensa, haciéndolo relucir; del cuerpo emana vapor*) Que no se hable de venganza: mi espíritu jamás ha albergado esa pasión sino, en todo caso, un profundo sentido de justicia. Podría decirse, más bien, que se trata de una de esas inimitables ironías que el azar sabe poner en escena como nadie... El hecho es que Herr Kluge resbaló en la espuma (*ruido del dorso de una mano chocando contra la palma de la otra*) y se desnucó, apenas un segundo después de recordar el nombre del “maldito judío de Viena.” Ahí lo tienen: una masa blanca, gélida, reluciente... como un témpano de hielo.

Mientras el telón baja lentamente, comienza a oírse, como contrapunto irónico, el himno “Nearer, My God, To Thee”, pieza que teóricamente la orquesta del Titanic tocó durante el naufragio, e incluida tanto en la versión cinematográfica de 1958, “A night to remember”, como en la de 1997, “Titanic”.

SE ACABÓ DE EDITAR ESTE
LIBRO EL DÍA 4 DE ABRIL DE
2014, ESTANDO AL CUIDADO
DE LA EDICIÓN EL SERVICIO
DE PUBLICACIONES DE LA
UNIVERSIDAD DE HUELVA





COLECCIÓN
MONTELUNA

CERTAMEN NACIONAL DE TEXTOS TEATRALES **MONTELUNA**



Universidad
de Huelva